

POEMAS DEL NUEVO HORIZONTE

Guillermo de Miguel Amieva



ARS  POETICA

POEMAS DEL NUEVO HORIZONTE

Guillermo de Miguel Amieva

POEMAS DEL NUEVO HORIZONTE



ARS  POETICA

Guillermo de Miguel Amieva

POEMAS DEL NUEVO HORIZONTE

colección
| ARS NOVA |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Poemas del nuevo horizonte
Guillermo de Miguel Amieva

Colección: ARS NOVA
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 Guillermo de Miguel Amieva (de la obra y las ilustraciones)
© 2017 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: julio, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947330-1-7
ISBN (edición digital): 978-84-947330-2-4
Depósito Legal: AS 01246-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedico este poemario a mi padre,
al que el viento eterno alza y eleva.
Al dulce horizonte de mi madre,
y a toda la gente que me lea.

Se lo vierto al tiempo, caudal que hace
que el aire se lleve eterno el poema
a las regiones más bellas del arte
donde un Dios invisible lo conserva.

A los poetas palentinos digo
que les recuerdo siempre por el verso,
por la compañía de ser amigos,

por encontrar en ellos un espejo,
y por ser horizontes desprendidos
donde renacer con todos leyendo.



CARTA PRÓLOGO DE JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

Premio de las Letras de Castilla y León

Mi buen amigo Guillermo:

Estoy intentado escribirte desde hace dos días una carta dándote mis impresiones sobre tu libro *Poemas del nuevo horizonte*, pero una y otra vez se me borra por interferencias del ordenador, aunque parece que hoy se ha formalizado... ¿?, y ya voy por la sexta línea, que es donde empezaba el baile de las ventanillas y esas cosas. ¡Parece que esto va bien, así que comienzo!

Si te dijera que tu libro me ha gustado, sería insuficiente: me ha encantado, así como suena. Razones. La primera, porque tiene una riqueza de conceptos, de inquietudes, de vida, que es difícil de encontrar en la poesía de hoy, que suele perderse en un juego de imágenes sin contenido humano y trascendente. Lo último que he leído en

internet es la poesía de un tal Haroldo de Campos (puedes buscarlo en «Portal de poesía»), que parece ser un fenómeno en lengua portuguesa y que viene traducido; no acabas de captar un mínimo mensaje. Lo único que percibes es una serie de imágenes concatenadas que no desemboca en idea alguna. Al menos, yo no conecto a pesar de haber leído miles de libros y poemas. Entonces, ¿a quién va dirigido? Segunda razón: porque sabes expresar tus inquietudes relacionando lo cósmico y lo trascendente con tu propia vida cotidiana. Tan es así, que me he ido adentrando en el libro y me he olvidado por completo de esos comentarios que te hacía en ocasiones sobre tu falta de ritmo y de cadencia, sobre tu falta de «musicalidad». Es una concepción riquísima de todo tu entorno vital, desde tu inquietud religiosa ante el misterio hasta esos bellísimos poemas dedicados a tus hijas que nada tienen que ver con un tonto sentimentalismo familiar, sino con el amor universalizado.

Y conste una cosa. Estas impresiones mías son anteriores al poema que me dedicas a mí y que no leí hasta el día siguiente, para que nadie, y menos tú, pueda creerse que están favorecidos por un sentimiento de gratitud por ocuparte de mí. Hay tanta sinceridad en dicho poema, que no se trata de un incensario amistoso sino de un retrato escrito desde la perspectiva de la diferencia de edad, mentalidad y creencias.

El poema que dedicas a la Navidad, tan proclive a la nostalgia o a un romanticismo social típico de esos días, es una visión intelectual, objetiva, estrictamente humana, que me ha llamado la atención por su original enfoque poético.

El dedicado a tu hija Carmen está lleno de una ternura que deviene (verbo que repites y que me gusta) más de tu inteligencia que de tu corazón, como si tuvieras pudor de tu intimidad paterna. Tiene aciertos tan expresivos y personales como «pues habito tras la pared transparente de tus cabellos»... o «y encontrado en ti una ermita donde rezar...». ¡Precioso! Todo el poema es una delicia y está lleno de logros, inspirado. Lo que pasa es que me da pereza reseñarte otros muchos.

«No es posible dar la espalda al poniente sin sentir frío en el pecho...» Poema trascendente, hondo, caliente el de tu ensayo sobre el rostro, pero ante todo muy original, muy tuyo. Pero quizá el que calificaría como más destacado de todos, como el que más me ha llamado la atención es el ensayo sobre la esquina, de cuyo tema tan nimio sacas consecuencias verdaderamente nuevas y variadas desde un ángulo existencial, profundo.

También me ha encantado el que dedicas a la infancia, en el que, junto a tu hondura cosmogónica de las cosas y los seres, sostienes: «Todas las revueltas devienen en

pompas de espuma», realidad de nuestro entorno vertido al poema.

Algo menos me ha gustado «El horizonte platónico», quizá por ser una concepción más manida, pero sin el acierto de las imágenes que sostienen el nivel expresivo del resto del libro.

En el poema a Blanca, tu otra hija, vuelve a quedar resaltada esa relación, tan tuya, y que personaliza todo el libro dándole una unidad poética y filosófica entre lo concreto, el amor de los tuyos, tu cercanía, con el horizonte del misterio que nos trasciende. «Ya llegará el momento trágico de mi destronamiento...» ¡Qué intuición poética la tuya, que se adelanta a la realidad que no has vivido aún! Yo ya lo sé por experiencia y sé que es realidad de vida.

Tu «Soliloquio en el alba del lunes» bastante tiene con seguir sosteniendo la unidad y la calidad de las imágenes, aunque no tiene más importancia que ser una bisagra poética de relajación apoyada en el recomenzar de la semana, en el «volver a empezar».

¡Qué bien has captado nuestra relación de amistad, lo que nos une y lo que nos diferencia, las convicciones, la edad, lo que nos inquieta! Hasta adivino que te apena que, lógicamente, pueda ser una amistad demasiado corta («eres un amigo para el más allá...»). Y es cierto, porque yo también siento esa diferencia de edad. Y, llegados aquí, una concesión al sentido del humor. ¡No te ufanes

de ser mucho más joven, porque, si así fuera, te diría eso de que «torres más altas han caído»! Pero no, querido Guillermo, te deseo que vivas siquiera mis ochenta y dos años, y con el coco sano. Al leer este poema dedicado a mí, pienso que el hecho de no haber coincidido aquel día —es curioso—¹, y no haber tenido más que contactos reales breves, puede haber enriquecido nuestra amistad. Y objetivamente te digo que es un gran poema, aparte de mi «culpa» en él. Y me alegro mucho de ello porque el «platonismo» de no conocer nuestros defectos mutuos te ha propiciado su inspiración. Eso de nombrarme «embajador de todos los dioses que en el mundo ha sido» es un Grammy que te tengo que agradecer.

Y, para finalizar, un poema curiosísimo, original, quizás apeado de toda la trascendencia del libro, «El beso no dado» y que me ha encantado porque es una experiencia que no tiene importancia y que, sin embargo, deja una huella sutil, muchas veces. Si no es este caso concreto, otros parecidos que también son vida y que dejan marca en el recuerdo.

Se me ha olvidado un comentario en tu «Ensayo sobre la infancia» y es la enumeración y definición de grandes

¹ El poeta se refiere a un día de semana que nos citamos en el pub del patio Castaño de Palencia, y no nos vimos, a pesar de haber llegado a la hora y de no haber gente, algo totalmente incomprensible que carece de explicación posible.

personajes de la historia que supone, por una parte, tu excelente erudición y preparación cultural, lo que demuestra que eres un gran lector asiduo de todo lo importante, y, por otra parte, un sentido del humor de raigambre intelectual.

En resumen, que me ha impresionado tu libro, y ya ves que te digo mis razones. En cuanto a sus posibilidades de ser premiado en el Antonio González de Lama, no podría hacer cábalas. Desde que me concedieron ese premio a mí —han pasado treinta años—, han cambiado tanto los juicios como sus gustos, ha evolucionado tanto la poesía y hay tantos caminos poéticos, que no sabría más que decirte que, para mí, lo merecería porque has escrito un libro importantísimo por su riqueza trascendente y por la cantidad de aciertos en la expresión, en las imágenes metafóricas, y en todo el cómo, que está a la altura de su «qué» trascendente, humano, cotidiano y cósmico.

Por todo ello, un abrazo muy, muy, muy cordial y que quisiera extender a María José, a Carmen, y a Blanca. Me encantaría que pudierais disfrutar de un premio tan importante como es el Antonio González de Lama.²

² He de comunicar al lector que no hubo suerte en aquella convocatoria del 2003, pero que las palabras de José María equivalen a ese premio.

EPÍLOGO DEL PRÓLOGO

Dando por supuesto que el lector ha abordado el prólogo elegido para la ocasión —si no lo ha hecho, le sugeriría que volviera sobre sus pasos—, me veo en la necesidad de ponerle en antecedentes de la bonita amistad surgida entre el autor de este poemario, y el poeta José María Fernández Nieto. El presente epílogo del prólogo —me he atrevido a llamarle así—, obedece, por tanto, a esa razón de explicar y no a la de ponerme a la altura de tan ilustre poeta castellano.

José María Fernández Nieto, poeta palentino nacido en Mazariegos, farmacéutico con trastienda literaria, desde donde salieron varias revistas de poesía, entre ellas la conocida *ROCAMADOR* —compartió profesión y oficio con León Felipe, resultando ambos los poetas farmacéuticos más laureados de nuestras letras—, estudiado en Granada, y vivido en Palencia capital donde ejerció la farmacia,

fue distinguido con el premio de las letras castellanoleonesas, premio merecido, aunque tardío, que reconoce una encomiable labor literaria cuyo calado nos deja un sonoro cántico espiritual y social. Estamos ante un poeta sensible, no ideológico, que asienta su poesía en la religiosidad que profesa.

Hombre de convicciones profundas, castellano viejo de recogida y apetecible conversación, y muy castellano en el sentido de saber decir lo justo, austero en el comportamiento, sencillo y humilde, con gracejo, fue sin duda un poeta muy querido en la ciudad, y muy entrañable para todos los poetas palentinos, de los que fue decano y protector. Ahí aparezco yo.

Nos hicimos amigos y leyó mis poemas desde un ejercicio crítico, sincero y cariñoso, cosa que hacía con todos nosotros. No podía ser de otra manera en él, pues en su vocación anidaba el deseo de irradiar el canto palentino y contribuir a mejorarlo, un papel trascendental en la poesía castellana del siglo XX e inicios del presente.

Precisamente, acompaño como prólogo una carta que José María me remitió en septiembre del año dos mil tres, la cual me dirigió entonces como respuesta a la valoración crítica que le merecía el libro que el lector tiene en sus manos, y que yo expresamente le había pedido. Por aquel entonces, quizás en un arranque de osadía, yo me quería presentar al premio González de Lama, el que anualmen-

te convoca el Ayuntamiento de la cercana capital leonesa — ¡Guillermo, los poetas solo nos leemos entre nosotros! —. Y, por aquel entonces, también se daba que ambos habíamos desarrollado una buena amistad, la cual queda reflejada en uno de los poemas que componen el libro — *Elegía en carne viva a José María Fernández Nieto* —. Le quise de verdad, y él lo sabía. También lo han sabido sus hijos y sus nietos, y algún familiar político, con quienes he arbolado la continuidad de una amistad dimensionada en el contexto de cada generación, como si, efectivamente, pudiera ser amigo de todos sin percibir frontera generacional alguna. No sé si esa querencia respondía a que inconscientemente busqué en él la suplencia de la inolvidable, provechosa y profunda amistad que mantuve con mi abuelo Guillermo Amieva Díaz, de la que extraje mi pasión por la literatura, pero fuera cual fuera el origen o la explicación inconsciente de mi amistad con el poeta, el desarrollo devino en otra provechosa experiencia con otro hombre mayor — ésta vez él —, aunque extraordinariamente joven espiritualmente, que también estaba letra herido, y al que acabé por pedirle consejo y crítica de este libro. La carta, de septiembre del año dos mil tres, ha salido del armario, donde aguardaba su momento. Le he pedido permiso a Sari Fernández Perandones, poetisa y gran declamadora, hija de José María, quien me lo ha dado.

Finalmente, he de contar que la relación con José María fue muy divertida. Los ratos de humor hacen amistad y la nutren. Él era inquieto, y se valía del internet y de los correos electrónicos para comunicarse con todos, lo cual, teniendo en cuenta su edad, le descolocaba con respecto a su generación. La cosa es que a veces no dominaba del todo las cosas, y podía ocurrir que no desbloqueara las mayúsculas y me remitiera una carta entera sin minúsculas, o que se encontrara con la pantalla llena de lo que él llamaba ventanillas, lo cual parece tratarse, visto desde la distancia, de una profusión incontrolada de ventanas del Windows en el escritorio de su pecé. Esto resultaba muy divertido, porque yo, al otro lado, lo sonreía desde la complicidad y el cariño, algo que, en buena medida, debió unirnos más. Recuerdo que, para comunicarnos en tiempo real, le enseñé a manejarse en el Messenger, y entonces, cuando aprendió, su respuesta fue contundente: «¡Guillermo, esto es cojonudo!». No crea el lector que fuera del Messenger las cosas nos resultaron mejor. Nos citamos un día, a las cinco de la tarde, en el pub del Patio Castaño, local que, en un día de diario del otoño invierno de una ciudad como Palencia, no suele estar concurrido. Tampoco se trata de un local muy grande, pero el caso es que, estando los dos, no nos vimos y nos marchamos sin compartir aquel café, ya perdido en el tiempo. ¿Cómo

pudo ser? Lo desconozco, pero no fue la única anécdota inexplicable que puedo relatar.

La última anécdota ocurrió la madrugada de su muerte. Yo estaba soñando que mi hija Blanca jugaba con unas amigas en un ático con buhardilla, del que, de repente, una de ellas se cayó. Azorado bajé las escaleras corriendo por ver si podía cogerla con mis brazos, pero cuando llegué a la calle me desperté con un sudor frío sin saber qué niña se había estampado contra el suelo. A la mañana siguiente, Carmen Calvo, colega de José María, me llamó para decirme que José María había fallecido. Llamé inmediatamente a Luis Landa, yerno de José María, quien me ratificó que había fallecido a la misma hora en la que yo me había despertado del sueño. Un sueño a todas luces premonitorio. Más tarde, acudí al tanatorio, y ya no pude evitar la gravedad de las lágrimas sinceras por el buen amigo perdido que hoy recupero para el lector.

Palencia, Tierra sembrada de cereal, abril de dos mil diecisiete.

UNA PANTERA DENTRO DE LA JAULA

INTRODUCCIÓN

El poemario que el lector tiene en sus manos tiene ya sus años, y se ha ido haciendo mayor en el archivo del ordenador donde, hasta hoy, reposaba. Todo tiene su tiempo de maduración, de bodega. Ya no soy el mismo que lo escribió, pues todo, incluso los humanos, muda con el tiempo. Pero releuyéndolo sí me identifico, aunque yo ya no sea el mismo. Ni siquiera el libro lo es. He de confesar que he podado algunos brotes y excrecencias que le sobraban. No son muchas, ciertamente.

En aquel tiempo, me gustaba abordar unidades temáticas que completaran mis libros de poesía. No sé por qué tenía esta necesidad de coherencia, de arboladura uniforme. Quizás yo mismo lo pretendiera, quiero decir que quizás la coherencia de la temática respondiera a una búsqueda de mi coherencia o al mantenimiento de la ya

conseguida, quiero decir, una afirmación. Hoy por hoy, no sé si merece mucho la pena luchar a viento y marea manteniéndote al gobierno de la nave. El lector puede responderse a sí mismo. ¿Compensa luchar tanto cuando los que no lo hacen no solo no se hunden, sino que, además, se pasean ufanos por las galerías del mundo? Algo, no sé qué, debe mantenernos con la azada en la mano. El labrador, de vez en cuando descansa, se limpia la frente, y siempre mira al horizonte.

Cuando estás en el laborar de la vida, el horizonte, aunque inalcanzable, es un refugio, algo que todos los que nos esforzamos buscamos con denuedo. La esperanza no se pierde. Está en ese horizonte. La idea del horizonte creo que comenzó a obsesionarme cuando, por alguna lectura, comprendí que la lontananza siempre es azul —no así la del universo, cuyo horizonte, aún caliente, tiende al rojo—. Luego, a lo mejor, derivé en una búsqueda espiritual del horizonte y de ahí no debí tardar mucho en procurarme la aventura de penetrar en sus simbolismos. De los símbolos a las metáforas sólo hay que dar un paso, de la obsesión al poema solamente hay que dejar que todo se decante. El escritor, dicen que es un loco que se cura a sí mismo escribiendo. Es fácil de entender. Todos los que escribimos tenemos obsesiones en la cabeza, lo que ha venido en llamarse neuras. Yo me represento una neurra, así, en abstracto, como una pantera metida en mi mente

que, porque no puede salir, se pasea de un lado a otro como si estuviera encerrada en una jaula de un zoológico. La neura se hace visible en ti paseando, haciéndote ver que existe. Una y otra vez. Te asalta.

El lector avezado ya habrá encontrado una explicación a este poemario que hoy, gracias a ARS POETICA, tiene en sus manos. La idea del horizonte era un pantera que pedía salir de mi mente. Durante un buen tiempo, se paseó por ella ofreciéndome su lejanía inalcanzable y, entonces, no me quedó más remedio que liberarme, tenía que abrir la jaula para que saliera. Por algún proceso interior que ningún poeta puede visualizar ni tampoco razonar, pues obedece a una impronta del inconsciente, la jaula se abrió gracias al descubrimiento de un gran hallazgo.

Antes de escribir este poemario, ya digo que el horizonte era para mí algo completamente inalcanzable, de ahí que se transformara en una obsesión. Lo era porque nadie puede alcanzarlo nunca, es un gigante que se nos escapa. Cada vez que damos un paso hacia él, da dos hacia atrás. Es un gigante inabordable. Después de escribir este libro, la idea del horizonte ya no me preocupa porque me he librado de la pantera. De ahí que asistamos a un nuevo horizonte, y, de ahí también, el título del poemario: *Poemas del nuevo horizonte*. Algo despertó en mi inconsciente y de pronto ese despertar se tradujo en una idea que afloró a la superficie. Descubrí que si el horizonte era un gigante ale-

jado que nadie puede tocar, era muy probable también que su huida a esos confines lejanos del mundo hubiera dejado algún rastro. El bosque es muy estrecho como para que un gigante no se deje parte de sí mismo enganchado en alguna rama. Fue cuando me di cuenta de que el horizonte se puede fragmentar, que de hecho ha dejado indicios de sí mismo y que lo podemos recomponer partiendo de los fragmentos. Busqué esos indicios y encontré algunos. El rostro, el rímel de mi madre, un beso, mis hijas, el rostro, una esquina, etcétera. Quizás el lector pueda encontrar los que mejor expliquen su esperanza, pues el horizonte, ante todo, es una esperanza. Y basta de prosa, dejemos desplegar ante nosotros la idea poética del nuevo horizonte, un gigante capturado que ya se puede tocar.

Palencia, veintisiete de abril de dos mil diecisiete.

El poeta.



FRAGMENTOS DEL NUEVO HORIZONTE

Yo pensaba que el horizonte era aquella raya intocable
puesta en el confín laminar de la lisura de la tierra,
aquella ansiedad por perseguir lo que se trocaba imposible,
lo que la mano jamás tenía a su alcance
y se mostraba como reino que no se podía perseguir
(tampoco se han encontrado los vestigios de Camelot);

era el horizonte, entonces, un Dios entregado a la seducción,
un ser habitable en la complejidad de su abstracción lejana,
y no importaba que la raya del rímel de mi madre
fuera ayer un fragmento diminuto de aquel horizonte,
una presencia de su embajada manifiesta,
porque, entonces, yo no atendía a lo concreto,
no escudriñaba el rastro del fin puesto en su sendero,
mis pupilas habitaban lo infinito
como si, en derredor, no hubiera partículas imposibles
o todo se antojara factible por el tacto de su cercanía,
— una rosa alcanza la lejanía si se desconoce el secreto
de su construcción —,
pero el niño maduro que se hace hombre

30

ELEGÍA EN CARNE VIVA

A José María Fernández Nieto

(Poeta al borde del horizonte eterno)

Eres un amigo para el más allá,
¡oh fruto maduro que el tiempo conserva
en espera de la muerte visitante!,
— ¡ay de esa remolona trabajadora que no te lleva
porque, quizás, se resiste en tus brazos la
agonía! —;

mas todo preludia que no sobrevivirás:
hasta esta pantalla blanca, tan moderna,
en la que siempre dúctil te encuentro,
no deja de ser más que un hablar con tu espíritu,
pues no te toco ni te palpo;
tan intangible te haces,
que ni en los encuentros concertados logramos vernos,
así es la niebla que se cierne sobre nosotros,
tal la desaparición en que te conviertes
sustituyendo la materia por el aire,
¡oh prestidigitador excelso

que has elegido este escenario informático
para que atendamos a tu desaparecer!

Sé que la expresión de tu rostro
es vaho que se deshace en el pasado,
lo cual no es triste, no la sonrisa del payaso
que, en su esbozo, oculta la tragedia,
sino expresión cristiana de gozo
a la que has vertido tu pasión alejandrina
regalándonos el poder de la fe.
Siempre he hecho amigos cercanos
al último tránsito,
los cultivo como las flores próximas a su marchitar;
de las flores de mi tallo nadie conmigo habla,
no del existir inexorable de la muerte;
todos rehúyen el enfrentamiento, siquiera verbal,
en torno a la figura mayestática de tal Señora.
(rindámosla hoy sólo un besamanos
prudente)

Pienso que no creer en ÉL
— sea quien sea ÉL,
el tuyo o el mío, tanto da el de aquél —,
deviene una cobarde huida al horizonte
donde probable parece el calor del infierno,
llamas que abrasan la irrazonable negación de la vida,

Encontrar a un poeta, amigo José María,
es saludar a un embajador de todos los dioses
que en el mundo han sido,
quizás tantos como hombres, quizás todos bellos,
quizás todos únicos en su excelencia trascendente,
y, tal vez, aquella realidad que ambos olvidamos
cuando empezamos nuestros versos de juventud
se ha difuminado tanto que no nos reconocemos
en el pasado de aquella tangible materia.

lo preparamos desde el principio
hilvanando la postrera cara ante la muerte.

33

pues rechazan la visión de lo eterno,
huyen del amor verdadero, del sempiterno
habitar más allá de las fauces voraces del universo.
Yo creo en una Causa, José María,
no en los clavos de Cristo,

literatura hermosa donde las haya que,
por imaginada,
por excedida en su realidad,
se diviniza,

¡Bendita sea la literatura que deifica
la realidad insoportable que fuera digestión
pesada de cántaros rotos!

Esta es nuestra diferencia, amigo poeta:
creer en dos causas distintas que, a lo mejor, son una,
¿no se refunden acaso todos los dulces caminos
en aquel en el cual desembocan?
¿no difiere nuestra poesía en las maneras
al punto de que ninguno dejamos de ser poetas?
¿no me dices que mi divergencia no es esencial?
¿Nos hace menos creyentes creer en Dioses diferentes?

Encontrar a un hombre como tú,
uva mayor entregada a la fermentación de lo
senecto,
pero volcado en la vida entera del presente,
a la habitable modernidad de los hombres,

encontrarte a ti,
es encontrar la esperanza en el horizonte,
saber que es posible Ser por encima del tener,
y que se puede volver la cara a la vida pasada
volando de regreso, planeando en silencio,
estableciendo una sombra sobre el paisaje vivido,
existiendo con la majestad del Rey que es uno mismo,
 única monarquía en la que creo, única densidad del
 espíritu,
 única delimitación de la soledad elegida
 que permite cultivar el jardín tranquilo
Eres esperanza amigo,
 pero esperanza entregada a la muerte, lo sé.
Sé que tú mismo la abrazas y la comprendes,
 también la comprendía mi abuelo Guillermo
 cuando danzaba aquella melodía final que lo llevó
 para siempre,
y sucede que me haces falta en la eternidad;
siempre he tenido amigos mayores que luego se fueron,
te necesito en esa dimensión nueva donde los sentidos no
saben del jazz,
ni de los libros, o la pintura, ni quizás del pensar,
pues todo se refunde en algo único e inatacable,
en la uniformidad etérea que no deja escapar la disensión,
ni por tanto el odio, ni la violencia, ni el dolor.
Albacea de tus letras, heredo el camino que emprendieras.

Somos pocos los poetas, pero somos ciertos como el mar,
creíbles porque, ellos, los soberbios, nos han creado,
han erigido nuestra escultura para afirmarse,
para decir: ¡miradles qué absurdos horizontes tienen!
Por eso nos dejan sobrevivir en el desierto marginal
que ellos ignoran oasis irrepetible.

Hay que ser tercetos para seguir despreciando el cielo
literario al que tú ya has accedido,

tu gloria trabajada, tu único soneto,
pero son así los que a su vez nos afirman,
manos que no abren libros, que no pasan hojas,
ojos que no leen lo que los siglos han escrito,
oídos que no oyen las palabras,

evocadores ecos de la mente,
tacto que no toca el papel, que ignora lo delicuescente
que el aire al pasar mece y mece,
gusto que no admira lo que otros hicieron,
que no se queda en la estela del tiempo,
polvo que no será nunca, con Quevedo, enamorado,
sino polvo muerto, intrascendente, sepulto con dinero.